

Memorias

de mujeres de Paine

A **50**
años
del Golpe



A 50 años: *memorias de mujeres de Paine*

*En Homenaje a la Agrupación de Familiares de
Detenidos Desaparecidos y Ejecutados de Paine - 2023*

Directora Nacional de Prodemu

Marcela Sandoval Osorio

Coordinador Editorial

Rodrigo Durán Barrios

Edición de Textos

Macarena Orroño González

Directora Regional de Prodemu

Pamela Rodríguez González

Equipo Prodemu Maipo

Paula Andrea González Escobar

Carmen Gloria Vásquez Leiva

Stephanie Lisset Astorga Pastenes

María Cecilia Arancibia Romo

Evelyn Millanao Quilapi

Diseño portada y diagramación

Pedro Ayala Cortes

Ilustración de Portada

Gabriel Contreras Vargas

www.prodemu.cl

contacto@prodemu.cl

+56 2 29640400

Agustinas 1389,

Santiago de Chile

Indice

Prólogo	5
“El profesor que quería ser obrero”	11
“Así crecí”	19
“La felicidad que me arrebataron”	27
“Me pongo en tus zapatos”	37
“Soy hija de una viuda del 73”	45
“Se lo llevaron así”	53
“Relatos”	59
“Perspectiva de niña”	67
“¿Por qué?”	75
“¿Quién era mi padre?”	83

PRÓLOGO

Uno de los temas que ha cruzado mi vida profesional han sido los derechos humanos desde distintas instituciones. En ese camino he revisado documentación y escuchado testimonios relacionados con violaciones a los derechos humanos en contextos de dictaduras y conflicto armado en América Latina.

Avanzar en la garantía de no repetición, que los hechos del pasado no vuelvan a ocurrir, debe ser una convicción en la defensa de los derechos humanos de nuestro país. Es vital en esta tarea la conversación con las nuevas generaciones. Poner en valor los testimonios y los hechos para que él Nunca Más sea parte central del resguardo a la democracia chilena.

En agosto de 2022 participé en el cierre del taller de escritura que Prodemu realizó con mujeres de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos y Ejecutados Políticos de Paine. Se generó un espacio íntimo donde esposas, hijas, hermanas, nietas hablaron de sus familiares y del momento en que fueron detenidos y no los vieron más. Fue una conversación dolorosa y llena de recuerdos cotidianos y de relatos fragmentados que se han ido contando entre quienes los conocieron y quienes sólo los han visto en alguna fotografía.

Se me viene a la cabeza el relato de Amparo Gaete, nació 24 días después de que su padre fuera detenido, en octubre de 1973. O la empatía cómplice de Francisca Muñoz con el dolor compartido con su hermana y su madre. O los elocuentes recuerdos de Holanda Vidal, quien hasta el día de hoy se disgusta al ver pasar impunes por Paine a los cómplices de la desaparición de sus familiares.

En este libro quisimos recuperar diez relatos que reviven una realidad que muchos han tratado de esconder por décadas imposibilitando el acceso a la verdad y la justicia. Este espacio de conversación generado por Prodemu con familiares ha sido simbólico y reparatorio. Paine es uno de los lugares en Chile con más víctimas de la dictadura. Varias de las víctimas fueron personas comprometidas en el proceso de

la reforma agraria en su territorio, conscientes de las desigualdades que se vivían en el campo.

Hoy, cuando hay quienes llaman a dar vuelta la página, es cuando se hace más urgente reflexionar sobre los hechos del pasado. En esta conmemoración de los 50 años del Golpe queremos recordar a algunas víctimas de Paine a través de las voces y relatos de sus familiares.

Marcela Sandoval Osorio
Directora Nacional de Prodemu





Ilustración: Constanza Arenas

**“El profesor
que quería
ser obrero”**

Holanda Vidal

¿Quién era Cristian Víctor Cartagena Pérez?

Él quería ser obrero igual que su padre y su hermano, siempre me lo decía. Era el menor de cinco hermanos; vivía en la población Dávila. Debo decir que sus clases de historia y matemáticas eran didácticas, clarísimas. Sus alumnos de tercero y cuarto básico quedaban felices al poder resolver esos ejercicios tan complicados. En ese entonces los maestros usábamos tiza pizarrón y, sobre todo, la palabra.

En su hogar le decían Tano; en la Escuela Normal, el “Gato” Cartagena, y yo, en la intimidad, “Chinito”.

¿Quién era Cristian?

Le gustaba jugar ajedrez, le cargaba el fútbol. Era un acérrimo lector. Su biblioteca personal estaba en un estante que su padre le había hecho (y que hoy conserva su hija Paulina).

La política le apasionaba y era un verdadero servidor público: fue dirigente de la JAP en Paine y bombero en Santiago.

¿Quién era el Tano?

Muy querendón con su madre viuda y con sus hermanos. Bueno para tomar pilsen y jugar a la brisca... donde casi siempre perdía (era paganini).

De pocos amigos, era más bien callado.

Le gustaba hacer caricaturas. El Pato Donald, Tribilín y Pluto le quedaban perfectos.

Recuerdo sus ojos negros penetrantes y sus manos grandes con sus dedos delgados.

Se vestía de terno, con colores oscuros, camisa blanca almidonada y un viejo bolsón negro donde guardaba sus pertenencias.

Tenía un anillo de plata con una calavera (se lo había traído su padre del Perú) y un reloj muy hermoso que le regaló para su cumpleaños.

Después que nos casamos le empecé a decir que usara poleras. Me hizo caso. Se veía muy guapo con las de colores fuertes.

Entonces, ¿quién era Cristian?

Un militante comunista, muy comprometido y con ideales fuertes.

Y si bien el golpe militar nos trajo mucha pena y amargura, pensábamos que nada nos iba a pasar (estábamos tan lejos).

Pero llegó el fatídico 18 de septiembre de 1973.

Diez para las seis de la madrugada. Se sienten unos golpes muy fuertes y dicen “abran en nombre de la ley” y, al igual que un tropel, ingresan y allanan mi casa, civiles y carabineros.

A mi compañero lo bajaron a punta de culatazos, y desde ese momento no lo vi más. Supliqué que me dijeran dónde lo llevaban y que me dejaran pasarle una chaqueta, pero no se me permitió. Desde ese momento mi vida cambió totalmente.

La búsqueda fue terrible, recorrí todos los lugares de detención y en todas partes me contestaban ¡no está! Intenté varias veces suicidarme, pero siempre la voz de mis hijas me lo impedía.

A Cristian le gustaba escuchar música mexicana (a Aceves Mejía). Cuando íbamos al cine, le apasionaban las películas de guerra y las de historia medieval.

Cuando nos casamos pasó a cuidarme mucho. Bastante machista, celoso y de carácter enérgico. Pero se derretía con sus hijos, sobre todo con Paulina (a sus tres añitos) y Cristian (dos).

Como dirigente siempre fue muy responsable y jamás buscó sobreabastecerse. El reparto de mercaderías era para todos igual, sin privilegios.

Su generosidad también era muy grande. En una oportunidad, regaló una camisa nueva a una persona en condición de calle. Y lo peor es que ¡yo se la había comprado!

En otra ocasión, llovía torrencialmente, y él andaba con abrigo. Se lo sacó para regalárselo a un hombre que pedía en la calle. Él llegó empapado.

En cuanto a la economía hogareña, era muy ordenado. En un libro de contabilidad anotaba nuestros sueldos y los gastos mensuales, privilegiado siempre el bienestar de sus hijos y el mío.

Mientras él estuvo a mi lado nunca nos faltó nada, pero cuando desapareció, supe lo que era tener carencias económicas. Así tuve que trabajar sin descanso, todas las semanas, y en los veranos de temporera.

¿Quién era mi "Chinito"?

Un apuesto moreno de un metro 76, delgado, de ojos achinados y pelo negro. Le gustaba andar en su vieja bicicleta negra (que cuando allanaron mi casa se la robaron).

Comienzan a pasar los años...Siempre pensando que mi compañero volvería el día de navidad, porque cada 24 de diciembre ponía la mesa con él en la cabecera.

Hasta que ya no lo pensé más, y empecé a armar el puzle de su detención. Todo indicaba que producto de las torturas lo habían asesinado.

¿Quién es hoy Cristian Víctor Cartagena Pérez?

Un detenido desaparecido, un profesor normalista con vocación de obrero.

Ya van a cumplirse 50 años de su detención, y la justicia no encarcela a los culpables. Muchos han fallecido, llevando su secreto a la tumba. Los que siguen vivos, se pasean impunes por Paine y mi familia exige Verdad, Justicia y Reparación.

¿DÓNDE ESTÁN?

ÑUNGUITO
17 AÑOS





Ilustración: Consuelo Terra

“Así crecí”

Margarita Zamorano

Soy los pies y la voz de mi Maruquita. Soy aquella mujer que exige justicia, esa mujer que no teme a gritar, aquella que ahora siente alivio en su corazón, que la justicia tarda, pero llega.

Víctor Manuel Zamorano González tenía 17 años cuando fue sacado de su hogar, al que nunca volvió.

Cuando era chica no entendía muchas cosas, veía a mi mami salir y muchas veces llorar, yo lloraba junto a ella sin saber por qué... Se hablaba del “Ñungo”, mi tío, al que los “milicos” se llevaron. Cuando quise saber más, bastó la mirada de mi tata para cerrar mi boca y no interrumpir.

Siempre jugaba en el patio que daba al lado de la cocina, cuando la Maruquita nombraba al Ñungo, yo me hacía la lesa y llegaba a escuchar lo que contaba.

Así pasaron los años... cuando tenía alrededor de 10, sucedió algo que me marcó: entregaron los restos.

Recuerdo que todos estaban en la casa, no paraban de hablar del Ñungo y de otros que yo no sabía quiénes eran. Esos días había mucha información en los diarios, yo me creía investigadora y leía los sucesos, armé mi propio rompecabezas, ese que no me contaron por ser chica, pero que no estaba lejos de la realidad.

El día que entregaron los cuerpos, recuerdo que estábamos todos en pie muy temprano, el camino estaba rociado, junto a la piedra grande que estaba afuera de la casa, había un altar y una mesa con la foto de mi tío. Alguien grita: ¡vienen en la Rana! Los que estábamos en casa salimos al camino, nunca había visto tanta gente como ese día. Comenzaron a pasar unos autos blancos grandes, la pompa, decía mi mamá, que apretaba mi mano y llorando exclamaba: ¡Ahí va mi hermano! Le tiramos pétalos de rosa a la pompa, los llevaron a la cancha de Escorial, donde los velaron.

Cuando llegamos había mucha gente, algunos gritaban algunas consignas, nombraban a los detenidos, respondiendo todos: ¡presente! En el ataúd de mi tío había una foto y una bandera.

Mi Maruquita estaba con su falda negra, su blusa blanca y su rostro lleno de tristeza. Mi tata a su lado, creo que nunca lo había visto así, con una mirada tan perdida...

El día del funeral hubo rumores que en el cerro de La Rana había una bomba, después dijeron que no era así.

Ese día mi tata junto a mis tíos llevaron el ataúd del Ñungo, yo sé que mi tata estaba destrozado, pero evitaba demostrarlo. Las mujeres lloraban y gritaban, aquellas mujeres que habían buscado a sus hijos, esposos y padres, los estaban sepultando.

Habían recuperado huesitos, no eran cuerpos completos, pero estaban... y las familias más tranquilas al darles santa sepultura.

Cuando era adolescente entendí muchas cosas, mi tata falleció en el 2001, sé que él se fue con aquella pena de buscar justicia. Ese día en el ataúd le dije que la buscaría también ¿cómo? No lo sabía, pero que lo haría.

Pasaron los años, me casé con el amor de mi vida, Jorge, con él tengo dos hijos Andy y Tristán. Ellos siempre me apoyan.

El 2019 marcó un antes y un después, comencé a salir a las marchas, a gritar, a pedir justicia. A muchos nos pasó que ya no teníamos miedo. Comencé a acercarme mucho más a esta terrible historia. Fui a una marcha donde llevé el nombre de mi tío, fui primera línea. Al ver a los carabineros tan armados... sentí temor, pero algo me dio más fuerzas y grité con mayor razón exigiendo justicia por mi tío. Ese día le pedí la autorización a mi Maruquita ser su voz y sus pies.

En el 2021 colocamos una placa en la Cuesta de Chada, subí a Las Cruces donde fueron asesinados.

El 15 de julio fue un día muy importante, al fin se hacía justicia, tomaban detenidos a los asesinos de mi tío. Aquí estoy, contando mi historia: soy Margarita Zamorano, sobrina de Víctor Manuel Zamorano González, detenido el 3 de octubre de 1973 con tan solo 17 años.





Ilustración: Laura Silva

**“La felicidad
que me
arrebataron”**

Amparo Gaete Becerra

Durante la dictadura en Paine, hubo muchos crímenes contra los derechos humanos. Les quitaron la vida a personas inocentes y se despojó a muchas familias de sus seres queridos.

Ésta es la historia de dos jóvenes que se amaron desde pequeños. Al llegar el año 1973, se casaron y se fueron a vivir a Nuevo Sendero, donde comienzan a compartir por completo sus vidas y sus sueños. Esos sueños inician con muchas necesidades y con lo justo para vivir, pero con mucha felicidad. Después de un tiempo se encontraron con la sorpresa de que yo llegaría a llenar sus vidas.

Esta hermosa pareja era Rosa Becerra Acevedo, mi madre, mi heroína, partner, mi amiga, la mujer más valiente y fuerte que conozco, la que siempre me ha apoyado y Luis Alberto Gaete Balmaceda, mi padre. El 16 de octubre de 1973, a las 04:00 de la madrugada, les cambió la vida. Llegaron los militares a su casa, donde vivían felices y sacaron a mi padre, un joven de 21 años, campesino, alegre, sin maldad, que nunca le hizo daño a nadie y se llevaron con la promesa de que volvería alrededor de las 06:00 horas. Al momento de llevárselo, le prohibieron a mi mamá asomarse, ella llorando desconsoladamente, con mucho temor, se asomó a la ventana, ahí vio cómo se llevaban a su amor, pero también se da cuenta que no es el único, que algunos de sus amigos y vecinos también fueron sacados de sus hogares. Era una noche con mucho viento, que levantaba mucha tierra y hacía mucho frío. Ella vio a mi papá con las manos en la nuca caminando sin destino y sin retorno.

Yo nací 24 días después, pero en soledad con mi mamá, sin mi padre, porque mi padre nunca volvió y la voz que nos cantó hasta la noche del 16 de octubre, no la pudimos volver a escuchar nunca más.

Yo crecí en un mundo sin maldad, muy regaloneada por mi familia materna, compartiendo con mis primos, tíos y mis abuelos, hasta los cinco años. Desde ahí, mi mamá rehizo su vida con Francisco Muñoz Peñaloza, un

hombre muy bueno, que también sufrió la pérdida de sus primos el mismo día en que yo perdí a mi papá. Mi padrastro es una persona muy importante en mi vida, él me ha apoyado siempre, y hasta el día de hoy es mi pilar, es mi papá. Además, me dio unos hermanos maravillosos: Freddy, Francisca y Alejandra, que siempre están para mí.

Mi vida está marcada por la dictadura hasta el día de hoy. Cuando estaba en el colegio aproximadamente a mis nueve años, me di cuenta de que algunos de mis amigos y compañeros de curso eran huérfanos de padre como yo y el papá de mi mejor amiga, había sido torturado. No hablábamos del tema porque teníamos mucho miedo, llegué a pensar que podrían venir a buscarme a mí también. Hasta ese momento, mi padre era un desaparecido. Por lo cual, yo pensaba que en cualquier momento mi papá podría llegar de vuelta a mi vida. Mi mamá seguía sufriendo, muchas veces lloramos juntas, principalmente cuando ella me contaba las locuras de mi papá: que era muy picarón, que tocaba la guitarra hermosamente y que cada noche le cantaba, como en la noche en que se lo llevaron, su última canción fue “Una muchacha y una guitarra” de Sandro.

Mi vida transcurría bastante alejada de la maldad hasta cumplir 14 años, cuando tuve que salir de mi núcleo familiar y de mi círculo de amigos para empezar a estudiar la enseñanza media. Tuve que empezar a explicar o a defender la posición de mi padre, por ser hija de detenido desaparecido. Muchas veces lloré amargamente por sentirme humillada, me criticaban y me alejaban, hubo un tiempo en el que no podía parar de llorar.

Mientras tanto yo necesitaba saber de mi papá, cada vez que veía un documental imágenes o vídeos yo ponía mucha atención y con mucha ilusión, quería encontrar a mi papá en estas imágenes o medios de comunicación. Luego entré a estudiar en Santiago, donde fui insultada y denigrada por el rector del Instituto DUOC, nunca lo voy a olvidar.

Pero no todo fue tan malo en ese tiempo, ya que producto de esos viajes a Santiago, encontré a mi amor, Francisco Miranda Olivos, el hombre más importante de mi vida, el que da todo por mí. Con él formé mi familia, tenemos cuatro hijos: Francisco, Martín, Cristóbal y Cristian, los cuales conocen mi historia y aman a su tata Luis, tanto o más que yo. También han sufrido mucho por ver las injusticias que hemos pasado.

En el año 1996 me entregaron el cuerpo de mi papá, el que fue encontrado en el patio 29. Fuimos con mi abuela, mi mamá y mis tías, a retirarlo al Servicio Médico Legal. Después de once años de visitar a mi padre en un lugar santo, feliz de tenerlo, nos informan que el cuerpo que nos entregaron era de otra persona. Me sentí devastada, herida en lo más profundo de mi ser, sentí que se habían burlado de nosotras como en tantas otras ocasiones y de pasada, de mi hijo mayor Francisco, que siempre iba a ver a su tata Luis, cayó en depresión. Era un pequeño herido y dañado por un error, nuevamente la herida se abría, además ahora sumaba mucha rabia, porque veía a mi pequeño sufrir.

Al fin encuentran los restos de mi padre en Litueche, muy lejos de todo, entre los cerros, en la quebrada Los Quillayes. Nunca podría haber imaginado dónde le dieron muerte y cada vez que vamos a ese lugar, pienso qué pensaría mi padre al recorrer esos caminos interminables y desconocidos.

En el año 2016, la ministra Marianela Cifuentes, nos llama para presenciar la reconstitución de escena de la muerte de nuestros familiares, donde estaban el comandante Magaña y los conscriptos que perpetraron tan horribles hechos. No noté arrepentimiento en sus palabras. Jamás olvidaré cuando Magaña le dice a la ministra, que fue la mejor forma que tuvieron de morir, que los mataron con dignidad y respeto. ¿Qué respeto me pregunto yo? Sí les hicieron quitarse un poco de ropa, los colocaron en la quebrada de espalda y les dispararon. Yo sentí que moría, mi dolor fue tan grande que lloré hasta casi no respirar, también al ver a las familias destruidas

sufriendo tanto... sentí que esos cerros se inundaban de lágrimas. Así perdí la última esperanza de encontrar a mi padre con vida después de este horrible momento.

Hoy formo parte de la directiva de la Agrupación de Detenidos Desaparecidos de Paine, hasta el día de hoy veo como muchas veces hay que rogar para que la justicia llegue a cada uno de nosotros.

Este año fue diferente, el día 15 de julio, después de 49 años, al fin fueron condenados los asesinos de mi papá.

La justicia llegó, pero tarde para muchas de nosotras, porque madres y esposas luchadoras, y muchos familiares ya partieron. Esos días fueron difíciles para mí, estaba feliz de cumplir una etapa por la que habíamos luchado tanto, pero triste porque también pensé en las familias de los militares que tenían la misma edad de mi papá cuando se lo llevaron y que por estar haciendo el servicio militar se vieron en la obligación de matar.

Hoy soy una mujer con carácter, sin miedo, con muchas ganas de ayudar al prójimo, sin rencores y feliz. Pero sin duda, podrán pasar las horas, los días y los años, pero mi herida no sanará, sólo se calmará mi dolor. Aunque sé que mi ángel del cielo siempre me acompaña.

Yo creo que la vida es hermosa, a pesar de las lágrimas, los malos momentos, los dolores y las decepciones, siempre sale el sol. Soy una hija de Dios. Mis cicatrices tienen una historia, y son el recuerdo de una época que intentó destruirnos, pero no lo logró y se manifiesta cada día en mi vida... soy una agradecida de Dios y la vida... Hoy me doy cuenta de que tengo más de lo que siempre soñé.





Ilustración: Gabriel Contreras



**“Me pongo en
tus zapatos”**

Francisca Muñoz Becerra

Soy Francisca Muñoz Becerra, casada con Alfredo. Tengo tres hijos: Renato, Sofía y Vicente. Nací en 1981 y siento que la lucha e igualmente el dolor de otros también es mío.

Dicen que una persona debe vivir un acontecimiento para sentirlo, pero creo que no es así.

Cuando nació mi madre Rosa Becerra y mi hermana María Amparo Gaete, cargaban con un dolor en su corazón, porque siempre las vi derramar lágrimas. Cuando una es niña no entiende, pero a medida que fui creciendo comprendí todo y sentí su dolor, no de la misma forma, pero tratando de ponerme en su lugar.

Mi madre me cuenta que llevaba muy poquito tiempo de casada con Luis Gaete, dos jóvenes empezando una vida juntos, muy enamorados y felices. Quedó embarazada y fue la noticia que terminó de complementar la máxima dicha en su hogar. Pero todo cambió en nuestro país... empezó a faltar alimento y todos hacían lo posible por conseguir sustento para sus hogares.

Una madrugada, para hacer más precisa, el día 16 de octubre de 1973, estando dormidos su esposo Luis y mi madre, faltando muy poco ella para dar a luz, sienten fuertes golpes en su puerta. Eran militares quienes solicitaban llevarse a Luis diciendo: "abríguese porque el lugar donde vamos hace mucho frío".

Mi madre siempre recuerda que le dijeron: ¡señora no se asome! Y ella con su enorme barriga, se fue gateando a oscuras para llegar a la casa de sus padres.

A la mañana siguiente, se dio cuenta que se habían llevado a muchos familiares, amigos y vecinos.

También relata que dejó los pies en la calle buscando a Luis, pero nunca apareció.

Un día, estando en el Estadio Nacional, le pregunta a un carabinero muy joven alguna información y éste llorando, le dice: “señora no puedo decir nada, tengo familia y me están apuntando, si le digo algo me pueden matar”.

Pasaron los días y en su estado dejó de salir a buscar a su esposo.

El día 8 de noviembre nació mi hermana Amparo y la vida de mi madre cambió por completo, tuvo que luchar por su hija. No tuvo apoyo de su familia, pasaron muchas cosas, ella se dedicó a trabajar para criarla. Luchó mucho para salir adelante, poniendo siempre a su hija en primer lugar.

Cinco años más tarde conoció a mi padre, Francisco Muñoz Peñaloza, quien llegó a este sector para trabajar y ayudar a su familia, ya que él perdió cuatro primos en las mismas crueles circunstancias.

Mi madre y mi padre formaron un hogar, nacieron tres hijos: Freddy, Alejandra y yo. Somos muy unidos y siempre como familia apoyándonos en su dolor, que también es nuestro.

A veces pienso en cómo poder borrarles esa pena y me doy cuenta de que no hay forma, pero sí puedo darles un abrazo y decirles que aquí estoy. Las he visto llorar desconsoladamente y es inevitable no derramar una lágrima. Siento que es un dolor que van a llevar por siempre, pero aquí estoy, para apoyarlas y contenerlas.

Muchas veces he alzado la voz, aclarando a personas ignorantes, incluso personas de la familia cercana a mi madre, que nos dieron la espalda por ser familiares de detenidos desaparecidos.

Hoy mi madre con una depresión que es inevitable, vive más tranquila con mi padre, hijos, yernos, nuera y nietos. Siempre acompañándola, cuidándola y luchando con ella para encontrar una verdad que siempre llega a medias.

Mi hermana Amparo se casó con un hombre maravilloso, Francisco Miranda, tienen cuatro hijos: Francisco, Martín, Cristóbal y Cristian. Esta linda familia que formó le da la felicidad que un día le arrebataron.

Vivieron mucho dolor, pero siempre que hablamos siento que mi madre no tiene odio en su corazón, solo entrega amor a los demás.

Pasan los años y aquí estoy, con ellas, amándolas y cuidándolas, luchando su batalla, sintiendo su dolor, porque siempre me pondré en sus zapatos, como también en los de mi tía Mercedes Peñaloza, a quien le arrebataron a sus cuatro hijos varones, que sufrió hasta sus últimos días la pérdida, buscando verdad y Justicia. De mi prima Magali Muñoz, que le quitaron a su padre no permitiéndole recibir un abrazo o un consejo de él, a ella la quiero mucho; a mi madrina, Silvia Muñoz, que le arrebataron al padre de sus hijos y a sus hermanos; a la tía Teresa Herrera, que le quitaron a su esposo y a su hermano, dejándola con un bebé en sus brazos; a la señora Graciela Tamayo (Chelita), quién tuvo que luchar por sus hijos sin su amado; a la señora Orfilia, de quién tengo muchos recuerdos, también mi madre la recuerda con mucho cariño, ella también buscó verdad por sus hijos, por ella y por muchos más.

Tantas mujeres que debieron dejar a sus hijos solos para poder ser cabeza de hogar, luchar, y así tratar de darles un mejor vivir.

Sé que a veces juzgamos sin conocer la historia y espero que este pequeño relato sirva a muchas personas que son ignorantes en los hechos. No voy a cambiar el pensamiento de todos, pero espero que nunca más ocurran acontecimientos tan atroces, como lo que vivieron muchos en nuestro país.



LOIS GAETE

16
OCT

29 de
Abril





Ilustración: Antonella Traviezo

“Soy hija de una viuda del 73”

Alejandra Muñoz Becerra

A lo largo de mis 36 años de vida, me ha tocado muchas veces dar consuelo a mi madre, quien hoy en día padece una depresión endógena. Actualmente ella tiene 67 años y no le ha tocado una vida fácil. A veces uno se pregunta por qué la vida se ensaña con algunas personas. Mi madre es una guerrera incansable, ella lleva por nombre Rosa Becerra Acevedo, contrajo matrimonio a los 18 años con Luis Gaete, un joven de 21 años. Se conocieron siendo unos niños, se enamoraron y se casaron. Lástima que producto de los acontecimientos que ocurrieron en nuestro país en el año 1973, a su marido Luis, como a muchos campesinos de nuestro sector, los hicieron desaparecer

Mi madre estaba embarazada de ocho meses cuando se llevaron a Luis, la madrugada del 16 de octubre de 1973. Después de 24 días de su detención y desaparición, nació su primogénita María Amparo Gaete Becerra, mi Amparito, mi hermana mayor, a quien tampoco le ha tocado una vida fácil, quien en muchas ocasiones ha tenido que acompañar a mi madre en este proceso tan doloroso e interminable de querer saber dónde estaba Luis, su padre.

Pasaron algunos años y mi mamá conoció a mi papá Francisco Muñoz Peñaloza, quién llegó al sector con la intención de ayudar a su tía Mercedes Peñaloza, a quién les habían arrebatado a sus cuatro hijos varones, primos hermanos de mi papá. Mi papá nos contaba cómo escuchaba a la tía Mercedes llorar por la pérdida de sus hijos, dolor que se llevó a su tumba, porque como muchas de las viudas del callejón 24 de abril, nunca más supo de ellos.

Cuando yo era una niña no entendía muy bien las cosas y cuando uno no entiende, nacen algunos miedos. Uno de mis grandes temores era pensar que Luis, el gran amor de mi madre, algún día volvería y nuestra familia se disolvería para que ellos pudieran estar juntos.

Pasaron los años y me fui dando cuenta que mi miedo cada vez se hacía más lejano, que Luis ya no volvería. Mi mamá y mi hermana Amparo, tuvieron que ir a reconocer un cadáver que supuestamente era Luis. En esa oportunidad, a mi mamá le entregaron un cuerpo, mi hermana tuvo que ir a reconocer a su papá que eran sólo huesos. Pensamos que el ciclo de dolor se había cerrado, que Luis por fin había tenido una cristiana sepultura. Pero la pesadilla no culminó, porque el cadáver que estuvo mucho tiempo en el cementerio de Huelquén, nunca fue el de Luis. Al cabo de unos años exhumaron el cadáver, se lo llevaron y todo el sufrimiento de mi mamá y “Ampari” continuaba, era como una herida que nuevamente se abría, era partir de cero otra vez.

A “Ampari”, si bien mi papá la acogió como a una hija, siempre ha sentido el vacío de no tener a su padre, la he visto sufrir muchas veces. Ella se casó, formó una linda familia, ha logrado aprender a vivir con el dolor, aunque en innumerables oportunidades ella ha decaído, pero al igual que mi mamá, ella es una guerrera y ha logrado salir adelante.

A veces veo que las fuerzas de mi mamá se agotan, ya no son las de antes, perdió a su madre, a un sobrino que era como un hijo, también sobrino de Luis. Su salud se ha ido deteriorando, pero yo siempre he tratado de apoyarla en lo que más he podido. Hace algunos años, acompañé a mi mamá y a mi hermana a la reconstitución de escena, porque encontraron el lugar donde habían asesinado a Luis y a tantos vecinos más. Aquel día, fue muy triste ver a mi mamá y a “Ampari” destrozadas nuevamente, a mí me duele en el alma y me siento impotente por no poder quitarles esa pena. Ese día quedaron dos cosas grabadas en mi mente, digo en mi mente, porque grabé con mi celular todo lo que ellos relataron de tan aberrantes hechos y se borró todo sin explicación. Lo que quedó ese día en mí fue lo que declaró Magaña, dijo que los habían matado con respeto y dignidad, esa frase no la he olvidado, ni tampoco he logrado comprenderla. Siempre me pregunto: ¿cómo se mata a un ser humano con respeto y dignidad? Y lo otro que aún

guardo, es el no haber visto arrepentimiento en aquellas personas - si es que así les podemos llamar- creo que ellos jamás podrán imaginar siquiera, el dolor que causaron a tantas familias, a tantas madres, hijos, muchos siendo del mismo sector, tal vez muchas veces se han encontrado y han sido indolentes ante el sufrimiento ocasionado.

Aquella vez a mi mamá le entregaron nuevamente restos de Luis, esta vez fue sólo una muela. Sí, eso fue lo que se pudo identificar de él. A algunas personas que les he contado, hasta les causa risa, ¿quién sepulta sólo una muela? Pero lástima que sea la realidad, es lo que a mamá y a “Ampari” les ha tocado vivir en estos 49 años.

Mi nombre es Alejandra Muñoz Becerra, soy hija de una viuda del 73, yo no lo viví, me lo contaron, pero me lo contó la protagonista de esta historia: mi mamá, quién hasta hoy afirma que Luis era inocente y le arrebataron la vida, también a ella la felicidad y un trozo de su alma cuando creía en esa vida de sueños... todo se convirtió en una pesadilla sin fin...



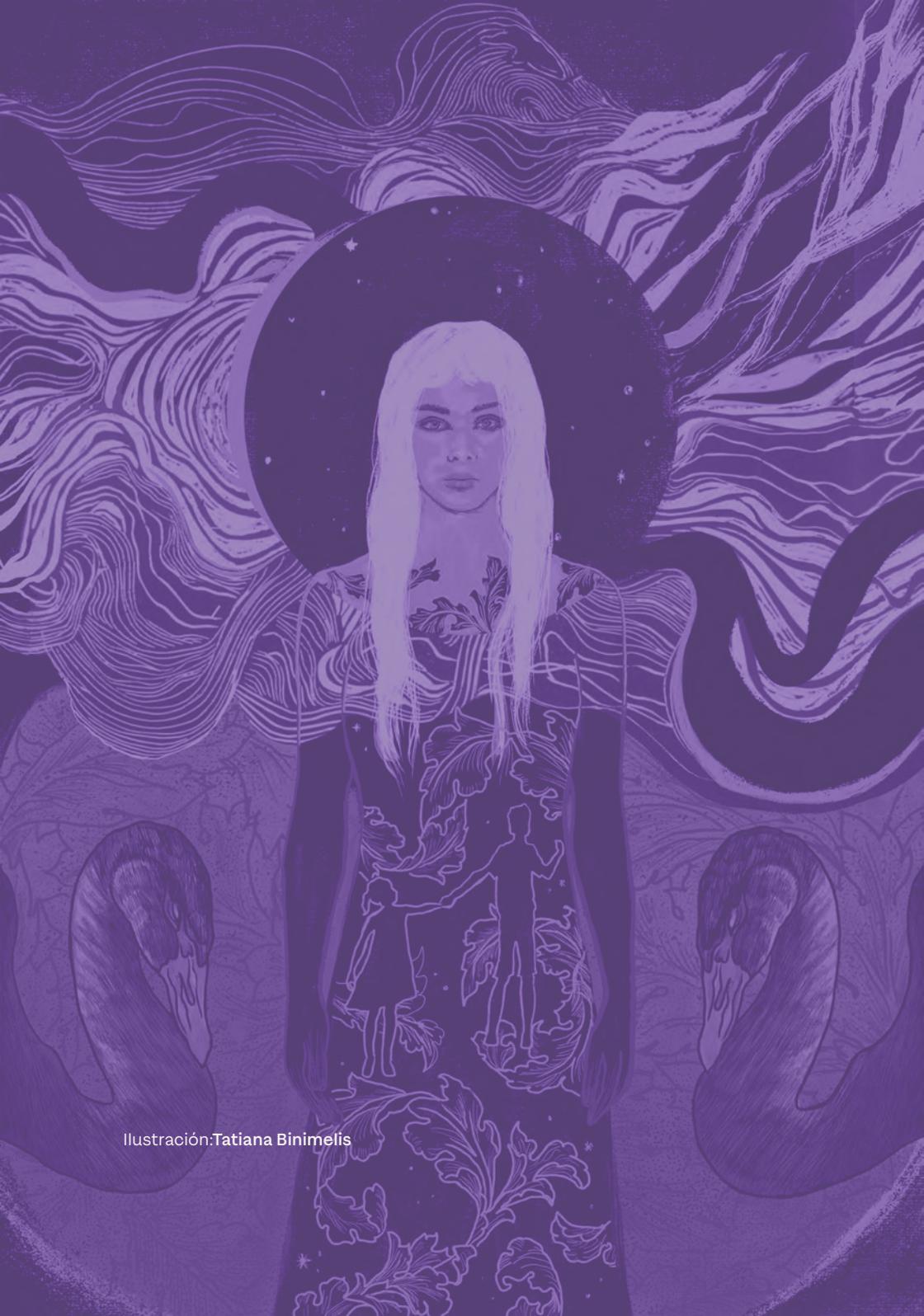


Ilustración: Tatiana Binimelis

**“Se lo
llevaron
así”**

Alicia Pavez Acúleo,

La dictadura... los detenidos... mi hermano... cuando se lo llevaron... otras personas... familiares... que también se los llevaron y ejecutaron... que no se encontraron... otros se encontraron... no pudimos ir a su funeral... fue difícil, triste y algo que nunca se puede olvidar, muy doloroso...

La familia, papá, mamá, hermanos, no podíamos conversar con nadie, la gente nos evitaba, no se nos visitaba, siempre estábamos muy solos. Nadie nos visitaba por temor, pienso yo. Por otra parte: la dictadura, ojalá nunca, nunca, nunca más haya una dictadura en Chile, nunca. Fue una pena muy grande perder a un ser querido tan cercano como lo es un hermano. Pienso también en los que perdieron a su papá. Bueno, yo creo que todos tuvimos depresión porque no teníamos ganas de nada, era como estar en un hoyo negro. Fue terrible, terrible, terrible... nos hacían amenazas, nos vigilaban, también advertencias de no conversar con nadie lo que nos había pasado. Fue algo muy difícil, ver sufrir a mi papá y a mi mamá, sobre todo a mi mamá, quien lo hizo hasta los últimos días de su vida.

Hace 10 años que ella falleció, pero hasta su último momento ella recordó a mi hermano, siempre tuvo la esperanza de que volvería, decía: "puede que algún día llegué". Nunca lo hizo, eso era muy triste para nosotros...

Es difícil definir lo que nosotros pasamos, esa pena siempre está en el corazón, mi hermano era una persona inolvidable, era un chiquillo joven, alegre, inteligente, que se lo llevaron así. Fue penoso y es triste hasta el día de hoy. Yo creo que para todos los familiares su ser querido era especial, arrebataron a tantos, a 70, aquí en Paine solamente.





Ilustración: Javiera Heckmann

“Relatos”

Flor Lazo Maldonado

Soy Flor Lazo Maldonado, hija de Samuel Lazo Quintero y de Teresa Maldonado Palomino, soy la quinta de siete hermanos. Vivíamos de niños en el asentamiento Nuevo Sendero.

Recuerdo a mi padre como un hombre muy trabajador, se levantaba muy temprano, sacaba la leche de la vaca y cuando nosotros nos levantábamos, tenía la leche calentita, con un fuego enorme en la cocinan a leña, muy artesanal y mi madre a su lado, trabajando con él.

Mi padre tenía aspiraciones y siempre quiso que nosotros estudiáramos para no ser como él, que no sabía leer ni escribir. Él trabajaba la tierra.

Mi padre participó activamente, sin saber leer, en la instalación del asentamiento de nombre “Nuevo Sendero” que lo componían en parte, los campesinos que venían del fundo San Rafael.

Como familia, de niños éramos muy felices, jugábamos todos. Recuerdo a mis hermanos que jugaban al fútbol, mis hermanas y yo nos quedamos en la casa apoyando a mi mamá. Muchas veces salíamos a vender pan a la cancha de fútbol.

Los 18 de septiembre eran muy lindos porque se hacían campeonatos y salíamos acompañar a nuestros hermanos junto a mi papá, nos poníamos nuestras mejores ropas.

Llega el año 1973 y cambió nuestras vidas para siempre, recuerdo que mi papá escuchaba una radio pequeña, especialmente estuvo muy atento a la radio el día 11 de septiembre de 1973, porque a él le gustaba el Presidente Allende. Mi papá sabía del golpe militar, estaba informado por la radio y seguía trabajando y apoyando a los asentamientos que les costaba ser expropiados. Lo veía salir con mis hermanos y dirigirse a otros asentamientos que estaban cerca de donde vivíamos, se iba y volvía caminado.

Los últimos días de septiembre de 1973 llegaron los carabineros de la comisaría de Paine a la casa y se llevaron a mi papá, lo acusaron de tener armas en un sitio de nuestra casa, cosa que jamás fue cierta porque mi papá no sabía disparar. Recuerdo que mi papá llegó con muchos moretones, mi mamá lo curó y le ayudó a recuperarse, dándole remedios.

La noche del 16 de octubre de 1973 golpearon la puerta de la casa, sonaba tan fuerte que nos levantamos de un salto de la cama para abrirla, eran militares armados, con la cara pintada de negro. Preguntaron por mi papá y nos dijeron, con una voz muy fuerte, que se levantaran todos los hombres de la casa y se vistieran. Mi papá se levantó como pudo junto a mis hermanos mayores, a todos se los llevaron. Los que quedamos, estábamos aterrados, en pánico, mi madre quedó botada en el piso llorando y nosotros también lo hacíamos al lado de ella.

Esa noche no dormimos nada. Cuando aclaró, salimos a la calle y nos dimos cuenta de que a nuestras vecinas les había pasado lo mismo y a varias más del sector, sus maridos eran parte del sindicato de Nuevo Sendero.

Mi padre fue asesinado junto a mis hermanos en la quebrada de los Quillayes, los encontramos 38 años después.

Mi vida cambió, mi niñez la olvidé, las secuelas de esa noche fueron graves. Mi vida cambió del cielo a la tierra, vivo con un vacío durante años y con una pregunta: ¿Dónde están?

Estos relatos me ponen triste.

Estos relatos me hacen llorar.





Ilustración: Gabriel Contreras

“Perspectiva de niña”

Sofía Venegas Lazo

Acompañaba a mi mamá a sus reuniones, en un principio no entendíamos a qué íbamos, era muy pequeña; pero sabía que era por mi abuelo. Participaba de las actividades o iba a jugar mientras ella estaba ahí dentro. Siempre estábamos con ella, en Rapel, en el Servicio Médico Legal, etc.

Cuando comencé a crecer, fui entendiendo todo lo que había acontecido, a qué íbamos y el porqué. Me dolía ver a mi mamá llorar... y me imaginaba la situación como si me hubiese pasado, lo fuerte y traumante que debe ser perder a su padre de esa manera, a tan corta edad y con una infancia por delante, también que todo se derrumbe en un segundo.

A la misma edad que yo jugaba, ella estaba cuidando a sus hermanos con la esperanza de que mi abuelo volviera a estar con ellos, que sólo fuera un mal sueño. Ella fue mamá, dueña de casa y hermana a los 12 años. Nunca entendí el motivo para que ocurriera lo que pasó, porque en mi mentalidad de niña no existía motivo, no había maldad, violencia... ¿cómo la gente puede ser tan egoísta y despiadada? Los militares atentaron contra su propia gente, se supone que ellos están para defendernos o al menos eso es lo que nos enseñan, que es un deber cuidar al pueblo.

Siempre he encontrado a mi mamá una mujer fuerte, con coraje, valiente, inteligente, un modelo a seguir para mí porque es una persona muy luchadora. Sacó a su familia adelante y su vida, porque con todo lo que sufrió, tenía fuerzas para hacerlo. Nunca entendí el motivo para qué pasara esto ¿cómo no hay justicia, si se sabe quiénes son los asesinos? ¿Por qué demora tanto resolver un caso que está más que claro? Es una burla...

Al paso del tiempo crecí, podía saber y entender más cosas. Me informé y todo me hizo mucho más sentido. Hablaba más con mi papá sobre esto, me dolió la "guata". Me acuerdo perfectamente de la sensación que tuve cuando me enteré de cómo asesinaron a mi abuelo, de la manera inhumana

en la que fue torturado, no se lo merecía, nadie se lo merecía, le quitaron su derecho a vivir.

Al momento de reconocer osamentas pensé que, cómo era posible que lo único que quedó de él era eso ¿cómo era posible que la única manera para despedirlo dignamente era eso? A mí no me gusta hablar de este tema, porque ver la manera en que mi mamá llora, me da mucha pena y me duele. Me encantaría hacer algo más que sólo acompañarla.

Nadie se merece pasar por algo así, vivir con dolor, tener que luchar por justicia por acontecimientos traumáticos que fueron totalmente inhumanos, con el Estado ausente tomándolo a la ligera, donde lo más esencial es la ayuda de Salud Mental. En ese sentido, al menos podrían haber hecho algo para ayudar a las familias, porque no sólo sufrieron los asesinados, sino las familias y los seres queridos.

¿Cómo vale más la plata, el ego y el poder, en vez de la solidaridad y velar por un bienestar de quienes fueron perjudicados? Siempre lo he pensado, desde muy pequeña. Que no haya sentencia y solución, para compensar todo el daño y dolor causado...

También he pensado en mi abuelo... ¿qué habrá pensado o sentido al momento en que se lo llevaron sabiendo que su esperanza de vivir era la mínima? ¿Qué habrá pensado o conversado con los otros detenidos desaparecidos? Sentir que te van a matar y que no puedes hacer nada para salvarte... Yo sólo espero a que se haga justicia, que mi abuelo y los detenidos desaparecidos descansen en paz.





Ilustración: **Tania** Heckmann

"¿Por qué?"

Javiera Venegas Lazo

Soy Javiera Venegas Lazo, hija de Juana del Carmen Lazo González y nieta de Carlos Enrique Lazo Quinteros, tengo 29 años y ésta es parte de la historia vivida por mi madre, contada por nosotros como hijos.

Desde que tengo memoria mi madre ha luchado por saber dónde está su padre, mi abuelo. ¿Qué pasó con él? ¿Qué hicieron con él? ¿Quién era el responsable de su muerte y desaparición?

Toda mi vida la he acompañado a reuniones, hemos ido a ver pistas que incluso han resultado ser falsas, cualquier dato que nos dieran para dar con el paradero de mi abuelo, nosotras la verificábamos.

No ha sido un camino fácil, ya que no había una verdad, no había pista, no había nada.

Con el tiempo se creó la Agrupación de Detenidos Desaparecidos de Paine y con ello, asistimos a muchas actividades con la esperanza de hacer justicia. Siempre vi sufrir a mi madre, que lucha por justicia. Mi padre y mis hermanos hemos sido su único apoyo. La acompañamos en esta lucha que lleva, todas las reuniones, todas las pistas las seguimos para ver qué podíamos averiguar y así pasaron 29 años de mi vida en la lucha con mi madre.

Siempre he sentido tan viva la historia, todo sigue latente, porque es un dolor que jamás pasará. Cada pista, cada reunión, cada situación hace que la historia reviva y esté más viva que nunca. El dolor sigue reciente.

Con el pasar de los años, comprendí y sentí que una persona había decidido si mi abuelo vivía o moría. Él resolvió que no debía seguir viviendo, quitándole a mi madre la opción de crecer junto a su padre y que él se perdiera de vivir todos sus momentos importantes: como ver nacer a sus tres nietas y casarse con mi padre. Aquel hombre no sólo le quitó la vida, sino que le arrebató a mi madre la oportunidad de que su padre la entregara

en el altar cuando se casó, también le quitó la posibilidad de conocer a todos sus nietos.

El 16 de octubre de 1973, mi abuelo tenía 41 años y seis hijos, era un hombre de campo, un obrero y no tenía militancia política.

Lo sacaron de su hogar a las 04:00 de la madrugada, siendo torturado y asesinado ese mismo día. Se lo llevaron y jamás volvió a encontrar el camino a su hogar, su asesino libre, sin culpa, y viviendo la vida que le correspondía a mi abuelo.

Por 49 años estuvo libre, impune y sin culpa, mientras que nosotros no teníamos un lugar a donde ir a visitarlo para llevarle una flor. Sus osamentas no estaban, su vida arrebatada por el asesino, Osvaldo Andrés Magaña Bau, quién disfrutó de su vida y que se la quitó a mi abuelo. ¿Por qué él puede seguir como si nada? ¿Por qué mi abuelo? ¿Por qué torturarlo, matarlo y llevarlo a la quebrada de Los Quillayes? ¿Acaso no fue suficiente? ¿No le bastó con quitarle la vida? ¿Era necesario tirarlo como a un animal?

En el año 2007, en el mes de octubre, se informa que mi abuelo podría encontrarse en la quebrada de Los Quillayes, como familia partimos en su búsqueda. Se abría la posibilidad de poder tener un pedazo de él. Con mucha fe y dolor esperamos resultados, noticias, rezamos porque ese fuera un dato real. Y así fue, al tiempo después nos comunican que las osamentas de él estaban en ese sector, pero era algo muy pequeño y también parte de su ropa, que no era mucho. Pero aún con eso el dolor siguió, porque fue doloroso saber por todo lo que mi abuelo atravesó, saber que murió con dolor, con sufrimiento, que salió con la esperanza de volver, pero eso no era lo que Osvaldo Magaña tenía preparado para él. Mi abuelo llevaba su sentencia al momento en que lo sacaron de su hogar.

Hoy tenemos un pequeño lugar donde están sus osamentas, le podemos dejar flores... pero el dolor no se va, las ganas de hacer justicia siguen

vivas, más vivas que nunca. Y si mi madre no estuviera, yo seguiría en su lucha, porque a mi abuelo me lo arrebataron, me quitaron la posibilidad de conocerlo, vivirlo y amarlo. Osvaldo Magaña me quitó a mi abuelo, crecí sin él, sin su cariño, sin un abrazo, sólo con su foto. Me duele porque yo merecía tener su amor y él merecía tener el mío, a través de mi cariño, de un abrazo o un beso.

Me quitó la posibilidad de ir a su casa a celebrar los cumpleaños, una navidad, un día del padre. Me quitó la posibilidad de que conociera a mi hijo.

Hoy lo celebró en fotos, en el día del padre, en su cumpleaños se hace una misa que en la pandemia no pudo seguir haciéndose.

Lo llevo en mi corazón a todos lados, cuento mi historia vivida porque me duele, porque es una lucha que nunca terminará, porque su asesino y torturador, aún con su sentencia, sigue vivo y si muere sería un premio, porque no pagó por el daño. Seguir vivo es un privilegio que mi abuelo no tuvo.

Hoy miércoles 10 de agosto del 2022, el dolor sigue, la ausencia continua. Yo no tengo a mi abuelo y mi madre no tiene a su padre, solo recuerdos y el dolor del momento en el que vio a su padre salir y no volver nunca más.





Ilustración: Laura Silva



**“¿Quién era mi
padre?”**

Juanita Lazo

<< *Madre me enseñaste todo, pero no me enseñaste a vivir sin ti* >>

Carlos Enrique Lazo Quinteros. Un hombre muy alto, de tez blanca y cabello oscuro. Era buen mozo, cariñoso, un excelente vecino y padre, un intelectual cuyo tiempo libre lo dedicaba a la lectura. Te recuerdo por tu lucha por un Chile mejor, para tus hijos y para todos. Te amamos por siempre. Nació el 11 de septiembre de 1932. Tenía 41 años en 1973.

Se casó con Orfilia del Carmen González Moya, también entonces de 41 años, nacida el 26 de septiembre de 1932 y conocida como la comadre Orfilia. Coincidencia o no que nacieran en fechas similares, ellos se llevaban muy bien, y se trataban con mucho cariño.

Mi padre era de Rancagua, mi madre de Graneros. Tuvieron seis hijos.

Me cuentan que llegaron al Fundo San Rafael a trabajar como campesinos, y que compartieron casa con mi tío Samuel Lazo Quintero y su esposa Teresa Maldonado Palominos.

Ahí también vivía mi abuelo, padre de mi padre, Pedro Nolasco Lazo Briones, quien era viudo. Su esposa se llamaba Margarita Quinteros, y tuvieron cinco hijos: Samuel, Alberto, Carlos Enrique, Ramiro y Raúl. Todos trabajaban juntos.

Los dueños del fundo San Rafael eran alemanes, don Tito Elwin y la señora Banda, cuyas hijas eran Inés y Beatriz.

En el lugar teníamos derecho a una galleta por familia, las que se guardaban en un galpón de dos pisos -que está a la entrada del fundo, y que aún existe- y se repartía en una "llavería". En ese lugar se juntaban los trabajadores, a quienes se asignaban distintas labores, como el cultivo del campo, el

cuidado de los árboles frutales o en el establo reservado para la producción de leche, la que vendían en tarros grandes. Se sembraba pasto, trigo, entre otros. Los potreros tenían nombre.

Mi padre fundó el primer sindicato del fundo San Rafael, en 1963. Como trabajó en las minas de El Teniente de Rancagua, venía con esa idea de que los campesinos tuvieran tierras. La mayoría no sabía leer y había mucha pobreza. Empezó un trabajo muy intenso de concientización, pero entonces la dueña del fundo lo despidió. Más tarde regresó al fundo y continuó la lucha.

Cuando comenzó la toma de terreno, hacia 1970, los trabajadores se unieron. Mi padre estuvo de acuerdo porque era un hombre muy inteligente y sabía mucho, ya que estudió pese a que en esos tiempos muchos campesinos no podían hacerlo ya que los dueños de los fundos no los dejaban. De hecho, cuando cumplían 14 años debían ir al campo a trabajar. Y debo decir que los patrones de fundos no eran buenos, los trataban como esclavos.

Recuerdo que se juntaron en “La Llavería”, hicieron fuego, pusieron una parrilla en el centro y ahí estaban todos alrededor de una olla donde cocinaban acompañados de las mujeres y sus hijos. Esto duró mes y medio.

Mi padre andaba “para arriba y para abajo” apoyando la toma. Luego anduvimos por otros fundos, dando apoyo e información sobre cómo se hacen los sindicatos. Mi padre daba charlas sobre la reforma agraria para campesinos de otros fundos, quienes también participaban de las tomas. Él representaba a todos los campesinos. Nosotros vivimos la toma, jugamos ahí con los hijos de todos.

Somos seis hermanos: mi hermano mayor, Carlos Enrique, se llamaba igual que mi papá; después vengo yo, Juanita; luego, Francisca, José Manuel y Myriam. En 1972 nació mi hermano chico Ismael.

Mi padre daba charlas sobre la reforma agraria para campesinos de otros fundos, quienes también participaban de las tomas. Él iba a todos los fundos cercanos.

Cuando por fin el fundo San Rafael ganó la toma, todos los campesinos estaban felices porque se logró formar un asentamiento, dando vida a Nuevo Sendero. En este asentamiento pudieron ser independientes.

Mi padre fue el presidente, Horacio Guerrero el secretario, y también hubo un tesorero. Las familias eran muy pobres, y se contrató a un contador. Mi querida amiga María Luz después fue la secretaria del asentamiento.

Se termina la administración de Eduardo Frei Montalva y se postulan candidatos para nuevo Presidente. Entre ellos, Salvador Allende Gossens, de la Unidad Popular; Radomiro Tomic, de la Democracia Cristiana, y Jorge Alessandri Rodríguez, de la derecha.

A mi padre le gustaba Allende, y le pidió a mi madre que votara por él. Pero a mi madre le gustaba Tomic. Mi papá le rogaba y le decía: “viejita, vota por Allende”, y mi madre le decía “no, no, a mí me gusta Tomic”. Así es que ambos votaron por un candidato diferente. Finalmente ganó Allende con 1.070.334 votos.

Mi padre estaba feliz, le gustaba el nuevo Presidente, le gustaban sus propuestas. Por ejemplo, que los estudios universitarios fueran para todos los chilenos y sobre todo para los campesinos que no iban a la escuela.

Pasó el tiempo. Estaba todo tranquilo, pero empezó a faltar la mercadería y sufrimos carencias. Se comenzaron a esconder las cosas, el llamado acaparamiento. No había pan, aceite, azúcar ni arroz. Nosotros éramos del campo pero teníamos que ir al sector de La Paloma con mi hermana (de diez y nueve años respectivamente) para comprar el pan. Nos levantábamos temprano, a las cinco de la mañana, íbamos a la panadería y volvíamos

con un kilo de pan cada una. Producto del tormentoso tiempo del mercado negro se formó la JAP, la Junta de Abastecimiento y Control de Precios.

Llegó el 11 de septiembre de 1973, el cumpleaños 41 de mi querido padre. Era un hombre bien vestido, “encachado”, media un metro 95 de estatura.

A mi tío Raúl le llegó la noticia (o rumor) que había que presentarse en la comisaría con el carnet para evitar que los militares te tomaran preso. Sólo había que decir que no se pertenecía a ningún partido político y, especialmente, declarar que no eras comunista. El 17 de septiembre de 1973, después de la jornada de trabajo -que era hasta las 17:30 horas-, mi tío Raúl del Carmen Lazo Quinteros, de 31 años, quien vivía en el asentamiento Paula Jaraquemada, en el sector de La Paloma, fue a la comisaría de Paine. Llevó a mi primo Raúl, que en ese entonces tenía nueve años, y le dijo “espérame aquí en el paradero de las micros”.

Entonces lo tomaron detenido, pese a que no tenía militancia política. Después, carabineros y civiles apresaron a otros campesinos, se lo llevaron a las dos de la mañana. Fue una caravana de 28 personas para asesinar a cinco campesinos. Y aparte de quitarles la vida, Pancho Luzoro le cortó el pene y le sacó los ojos a mi tío, que gritaba mucho. Pero Dios es bueno, y uno de ellos, Alejandro Bustos, se hizo el muerto, y cuando los tiraron al canal y se fueron, salió y se escondió por mucho tiempo... No sé cuánto, sólo sé que estuvo en una caverna de murciélagos.

A las seis de la mañana dormíamos en mi casa, cuando sentimos que llegaba alguien. Era la esposa de mi tío Raúl, que venía a pedir ayuda y a contar lo que había pasado. Mi padre se levantó de la cama, mi mamá se puso a llorar.

Alonso Pereira y mi padre empezaron a buscar y a juntar información clandestinamente. El Golpe de Estado había sido recién, y había “milicos” y “pacos” por todos lados que registraban y allanaban las casas todos los días. Había gente muerta. Todo el mundo estaba aterrado porque nadie sabía a quién le tocaría.

Mi padre y Alonso escucharon rumores que a mi tío Raúl y a los otros los habían asesinado y arrojado al canal Panamá de Collipeumo. Mi padre contrató a hombres-rana, secretamente, que eso no se permitía hacer, y estuvieron buscándolos un mes y medio. Al final los encontraron. A mi tío lo llevaron al Instituto Médico Legal y luego directo al cementerio sin hacerle misa. Tampoco los velaron, no se permitía, porque había toque de queda y la gente no se podía juntar para nada.

Al pasar los días, mi padre comenzó a ponerse amarillo y mi madre lo llevó al médico; le dieron muchos remedios. Cuando llegaron del doctor, mi padre se sentó la cocina y veo que se pone a llorar, y llora y llora... Yo me asusté. Jamás lo había visto hacerlo. Le pregunté a mi madre qué era lo que le pasaba. Ella me contestó que lo dejara solo, que iba a estar bien. Yo quería abrazarlo para que no llorara. Cuando lo hice, él se tapó la cara, con un pañuelo blanco... Lo tengo grabado, nunca se me va a olvidar su cara de pena, su llanto....

El 16 de octubre de 1973, todos dormíamos. Llegan gritando y preguntando por Carlos Enrique Lazo Quinteros. ¡Abren la puerta! Decían. Entraron dos militares con caras pintadas y ametralladora a la pieza de mis papás. Mi madre estaba con su guagua acostada y mi padre en la otra cama.

El militar le dice a mi padre: “colóquese ropa bien gruesa porque vuelve a las seis de la mañana” y mi papá le dice a mi mamá: “viejita, el que nada hace nada teme”. Mi madre entonces se levanta y el “milico” le dice: “no, acuéstese señora, su esposo llega a las seis de la mañana”, mientras el otro “milico” recorría la casa. Después, se llevaron a mi padre.

Llegó el vecino Juanito, hijo de José Castro, que en paz descanse, vino a preguntar si a mi papá también se lo habían llevado. Esa noche detuvieron a Carlos Enrique Lazo Quinteros, a Luis Gaete Balmaceda, a mi vecino José Domingo Adasme Núñez, a mi tío Samuel Altamirano Lazo Quinteros, a

sus dos hijos de 24 y 20 años, Samuel Lazo Maldonado, estudiante, y Luis Rodolfo Lazo Maldonado, casado, con una hija recién nacida, Beatriz Lazo.

Las madres y esposas fueron a San Bernardo. Mi madre reconoció al “milico” que vino a buscar a mi padre, y le preguntó ¿dónde está? Él bajó la cabeza, no dio respuesta.

Ahí empezó nuestra lucha, nuestra tortura, nuestro dolor, una herida jamás cerrada, llena de humillaciones y mentiras, después de tener un hogar, una casa con los dos seres más lindos, mi madre y mi padre, y con seis hijos, una familia que se amaba.

Cuando se llevaron a mi papá, mi hermano Carlos tenía 16; yo, Juanita, 12 años; Francisco, once; José Manuel, siete; Miriam, máximo cuatro años, y la guagüita un año, Ismael.

Con este bebé mi papá estaba loco, era tan tierno, maravilloso. Como padre él era quién nos hacía estudiar, nos preguntaba: ¿quién quiere una lección? Si estaba bien, pagaba 100 escudos. Yo era la primera y me esforzaba para leer mejor, me preparaba bien y les ganaba a mis otros hermanos. Nos ayudaba con las tareas. Salía de su trabajo y su labor en el hogar era estudiar con nosotros. Mi madre no sabía leer. Yo sentía que él me quería más a mí, porque me daba el gusto en todo lo que yo pedía. Si le decía “papito cómprame este género tan bonito para que mi mamá nos haga un vestido a mí y la Francisca”, él lo compraba. Pero al final era con todos igual, yo era más regalona y lo amaba tanto a mi papito... ¿por qué me lo quitaron?

Mi madre con las señoras de Nuevo Sendero empezaron a buscar a mi papá en todos los lugares donde había detenidos. Con mi hermano mayor nos tuvimos que hacer cargo de mis cinco hermanos. Mi mamá se levantaba súper temprano, se iba a las seis de la mañana y de vuelta llegaba en la última micro. Tuvo que aprender a tomarla, ya que no sabía leer, tampoco escribir. Las reconocía sólo por los colores en el letrero.

Los “milicos” del Estadio Nacional les decían que ya iban a salir, y mi mamá iba con una bolsa con ropa por si salía mi papá. Iban todas las mujeres de Nuevo Sendero. Incluso había dos que estaban por tener sus guaguas. Amparito Gaete e Iván Adasme nacieron días después.

No teníamos nada para comer. Yo les cocía papas con zapallo a mis hermanos porque no había ni aceite, ni azúcar, ni leche, tampoco fideos. Además estábamos sin zapatos y sin ropa. Para navidad, ni un regalo. No nos importaba. Sólo queríamos de vuelta a nuestro padre. Yo le decía al viejito pascuero, “no importa que no nos traigas nada, sólo que nos devuelvas a nuestro papito”.

Mi madre Orfilia desde el 16 de octubre de 1973 empezó la búsqueda de mi padre sin descanso. Todas las señoras, tías, primas, quedamos con las manos vacías. Comenzaron en San Bernardo, porque los militares de allá los detuvieron.

Teresita López fue la mejor amiga de mi madre; a su marido, que era vecino nuestro, se lo llevaron la misma noche que a mi papá. Ella muchas veces nos mataba el hambre, apoyaba a mi madre, fue la única del asentamiento de Nuevo Sendero con la que podía andar buscando a su marido sin cesar. Lugares de detención que les decían, ellas buscaban.

Todos fuimos creciendo. Yo alcancé a cursar primero medio, no terminé, y le pedí a mi mamá ingresar a un taller de peluquería, para ayudarla, ya que estábamos siempre pobres. Nada alcanzaba, salíamos a cortar frutos, porotos, para el pan y azúcar, “nos sacábamos la mugre” en el campo a todo sol.

Mi madre me matriculó en el Duoc. Ahí empecé a estudiar peluquería. Ella como pudo compró tubos, tijeras, peinetas, capas, pelos de base. Es una profesión que siempre me gustó. Mi mamá se arreglaba para mi padre, se hacía la “base”, se demoraba todo el día y “parecía africana de crespá”.

Trabajando en el salón Willy, de Buin, conocí a mi esposo Emir. Él llegó a mi vida en el momento justo. Me casé y tengo tres hijos maravillosos, Gonzalo, Javiera y Sofía. Tres nietos, Trinidad, Vicente y Julián. Dios me premió, con mi familia. Después de tanto sufrimiento llegó a mi vida la felicidad. Llevo muchos años casada y mi marido siempre me ha acompañado en la búsqueda de mi padre. Actualmente tengo mi salón de belleza y trabajo con mi hermana, Myriam.

Un día se creó la Agrupación de Detenidos Desaparecidos de Paine, donde empezaron a reunirse familiares de varios lugares de la comuna: El Escorial, Chada, Tránsito, Huelquén, Nuevo Sendero, 24 de abril, Aculeo, Rangué, Culitrín, Paine Centro, Águila Sur, Paula Jaraquemada, Santa Rosa y San Miguel.

Mi madre fallece el 25 de diciembre de 1996 a las 08:45 de la mañana. Se nos destruyó la vida nuevamente, fue un golpe duro. La que dio la lucha contra viento y marea, contra el sol, el frío, los militares. Pienso en todo lo que ella caminó y luchó... ella era nuestro tesoro, nuestra unión de hermanos. Ese día, empecé la lucha por mi padre, aprendí este camino.

Desde 1996 recorro lugares, me reúno con abogados y acudo a todas las reuniones de la Agrupación. La señora Patricia Vargas, muy honesta, fue la que concretó la agrupación. Hoy está de presidenta Flor Lazo Maldonado. Cuando se hizo el proyecto del Memorial, vinieron profesores de mosaico, trabajamos con herramientas regaladas, cerámica y martillo. Fue un trabajo en familia que hicimos como hormigas. Revivía también el dolor, había llantos, yo no me podía concentrar, cada pedacito de cerámica era volver al duelo. Terminé mi mosaico, sólo me ayudaron mis hijos y mi esposo, mis hermanos no participaron. Yo los entiendo, ellos nunca han expresado su dolor por esta tragedia tan grande que nos tocó vivir.

El 2016, don José Bengoa, profesor de la Universidad de Chile, estaba haciendo una investigación sobre la Reforma Agraria. Él vio muchas fotos de campesinos de todo Chile, desde Arica a Punta Arenas, me buscó, y

cuando me ubicó en mi salón de belleza, se presentó, y me pidió permiso para poner la foto de mi padre en su libro sobre los 50 años de este proceso campesino. Para mí, al principio fue extraño, pero pensé en mi padre. Así es que le dije: “sí, colóquelo en la portada, tiene mi permiso”.

Así he pasado por este camino de búsqueda. Tenía 12 años de edad cuando hicieron desaparecer a mi padre, ahora tengo 61 y sigo en esta lucha.

Un día, el ministro Solís nos llamó a una reunión en la Corte de Apelaciones. Acudimos seis personas. Él se comprometió a terminar con nuestra búsqueda, la que tanto sufrimiento y dolor nos ha traído; fue muy amable, humano. Yo le pedí que esta vez fuera de verdad, ya que todos se comprometían y después dejaban el caso. Queríamos cerrar el duelo permanente que llevábamos al no encontrar a nuestro ser querido. Le conté mi historia y se le llenaron los ojos de lágrimas, él fue un hombre de palabra, lo considero un ángel.

Investigó por meses, y cuando encontró el lugar, anduvo en helicóptero, llevó a un equipo de arqueólogos, geólogos, profesionales del Servicio Médico Legal, de la PDI, Carabineros. Empezaron las excavaciones. Encontraron cadenas, lentes, anillos. Trabajaron con trincheras, colaron la tierra, se encontraron fragmentos, unos 200, huesitos, dientes, muelas. Todo lo que este equipo de profesionales seleccionó para sacar ADN lo enviaron a Austria (al principio se había contratado un lugar en Colombia, que se desestimó porque estaban trabajando con las osamentas de las Torres Gemelas de Estados Unidos).

Para el ministro fue una tremenda alegría cuando encontró el lugar. Nos llamó a Rapel, muy lejos de Nuevo Sendero y de nuestra zona, donde siempre pensamos que habían sido asesinados y desaparecidos. Se los llevaron el 16 de octubre de 1973. El mismo día que los sacaron los militares de San Bernardo los habrían llevado a este lugar, donde jamás creyeron que los encontraríamos. Por eso el ministro corría, porque ese era el lugar. Cuando

Llegamos, el ministro tenía todo estocado, todavía había balas que estaban esparcidas, que fueron encontradas gracias a un detector de metal.

El lugar quedaba en una quebrada, a la que no era difícil de bajar, y donde habían sido asesinados, el ministro colocó banderas rojas y amarillas. Estaba lleno de banderas, eran como flores.

Llegamos, lloramos, gritamos. Lo que habían hecho con nuestros padres. Cantamos la canción de Nino Bravo, “Libre”, con pañuelos blancos, fue muy triste, lleno de emociones... un duelo con todos los familiares que vivimos lo mismo. A nuestros padres los habían asesinado ahí, pero sólo se encontraron fragmentos y muy pocos huesitos que servían para identificarlos... A los familiares se les sacó sangre para la muestra de ADN.

Esperamos dos años a que llegara la información, la que llegó solo con la identificación de ocho personas. El ministro Solís mandó el recado de que sólo los familiares de las personas identificadas iban a ser llamadas. Yo estaba muy angustiada, apenada, sufrí demasiado, fueron años sin tener noticias y esta nueva espera era una tortura también.

Al final el ministro se reunió con todos los familiares, porque era el dolor de todos. Nos llamó al Servicio Médico Legal. Había misterio: esas ocho personas eran de los asentamientos Nuevo Sendero y 24 de abril, de Paine Centro y del Tránsito.

Llegamos al SML. Me acompañó mi querido esposo, mi amor, y mis hermanas Francisca y Myriam. Estaba lleno, el ministro tenía todo preparado, hasta una pizarra donde nos empezó a relatar cada detalle de cómo los asesinaron. Nos mostró el mapa, las quebradas que recorrió con el helicóptero junto el secretario Sebastián y un militar.

La Quebrada de Los Quillayes queda muy lejos de nuestra casa, imposible haberlos encontrado. Y cuando llegó el momento de dar los nombres, yo estaba rogando a Dios que dijera el de mi padre. Ese día nombró a José

Castro, Luis Gaete Balmaceda, a Carlos Enrique Lazo Quinteros... Grité y lloré, pataleaba, gritaba, todas las emociones aparecieron juntas. Yo había trabajado mucho para que fueran periciados sus restos óseos, e hicimos un funeral simbólico en el que se incluyó a mi primo Samuel del Tránsito Lazo Maldonado. No pudimos enterrar ni a mi tío Samuel ni a Rodolfo, ya que no se encontraron sus osamentas.

Yo quería que su despedida fuera en grande, porque ellos se la merecían, ya que lucharon y fueron asesinados. Quería que se hiciera en el Memorial, con todas las autoridades, con el Presidente de la República, con el ministro de Justicia y con todo el Gabinete de Gobierno.

Fue muy difícil para mí. Había fotos y mucho dolor, llantos, frío, calor, un sinnúmero de cosas. Mi madre había partido antes, no estaba. Cuando el 16 de octubre los retiramos del Servicio Médico Legal (elegimos esa fecha porque ese día los militares los sacaron de sus casas), saludamos a don Patricio Bustos, él era el director. Estaba junto a su equipo de antropólogos. Fue terrible. Entramos en una sala con las urnas con banderas, fotos, donde nos dieron los datos a cada familiar, nos contaban los hechos, cómo los habían asesinado y encontrado. Lloramos mucho, estuvimos todo el tiempo con el director y su equipo.

Llegó la hora de sacarlo... pero a mi hermano le dio un ataque. Lo asistieron. Y así pasaron muchas cosas. Ese día mi esposo, con mi hijo y mi sobrino, tomaron la urna. Fuimos de uno en uno saliendo mientras las pompas salían colectivamente. Llegamos al asentamiento Nuevo Sendero. Ahí la familia estaba esperando, hicieron recuerdos. Me ayudó mi prima. Sonaba de fondo la canción Una pala y un sombrero, de Gervasio. Los vecinos nos acompañaron, se hizo un mural que representaba el trabajo de los campesinos asesinados, y un cartel con sus rostros. De ahí, los llevamos al memorial, donde se hizo el velorio.

En la despedida en el cementerio hablamos los familiares, las nietas. Fue muy emotivo porque cuando ellas expresaron sus sentimientos nos dimos

cuenta que nuestros hijos nos apoyaron siempre en todo. Era el fin de nuestra lucha por tener justicia, verdad y reparación.

Fuimos con mi familia a acompañar a los deudos de Paine a Collipeumo. Allí se realizó la reconstitución de escena. Los perpetradores fueron cinco, entre civiles y carabineros. Las víctimas fueron 27, hubieran sido 28, pero se salvó Alejandro Bustos en esa fatal noche del 17 de septiembre de 1973. Cuando fue de la reconstitución de escena de los fallecidos en la Quebrada de Los Quillayes, la ministra Marianela Cifuentes había reemplazado a Solís, que tuvo cáncer y falleció.

Ella dijo que podíamos estar, pero que teníamos que comportarnos. Llevaron al comandante Andrés Magaña Bau, principal responsable de estos crímenes. Se tomó la declaración a nueve personas, que trasladaron en un furgón bien resguardado. Magaña Bau, quien era teniente de la Infantería de San Bernardo los detuvo, golpeó, maltrató, asesinó e hizo desaparecer. Él dijo: “nosotros los dejamos en el suelo con respeto y que no sufrieran nada, con todo cuidadito, que los golpearan y no les doliera”.

Magaña Bau fue investigado las primeras veces y dio declaraciones falsas, lugares que no eran y no pisó ningún día la cárcel. Me da pena, rabia y me siento burlada, porque es el principal responsable de que muchos campesinos fueran detenidos y desaparecidos.

En ese momento, inundados por la cólera, los familiares le preguntamos a Magaña, ¿qué te hicieron nuestros padres? Y le gritamos ¡Asesino! Algunos corrieron hacia él, rompiendo las huinchas que cerraban el perímetro. Querían agarrarlo y darle una paliza. Los carabineros lo escoltaron, subieron también a los demás periciados a un furgón para que no les “pusiéramos las manos”. Mi hermana Myriam casi lo alcanza, mi hermano corría como conejo, y así se los sacaron, entre llantos y desmayos. Quedamos muy mal por el relato de Magaña y los conscriptos que lo acompañaron esa fatídica noche.

El 28 de julio de 2022 fuimos a una reunión con el presidente de la Corte Suprema para pedir por nuestras causas. Nos recibió Guillermo Silva, su presidente. Nunca nos comentó que una semana antes, Andrés Magaña Bau, se había muerto en su casita sin poner ni siquiera un día un pie en la cárcel. No supo de sentencia, él gozó de su familia, sus nietos, su hijo y murió feliz. Supimos que a este personaje lo habían sepultado, todo en secreto. El Ejército, el Estado de Chile y la Corte Suprema son todos cómplices de estos asesinos, no toman acciones legales en contra de sus delitos, los siguen protegiendo. Lo que pedimos es solamente justicia, especialmente por los que no tienen voz, por nosotros, por todo lo que nos arrebataron de nuestras vidas.

Tuvimos una reunión con el ministro Carroza, y el 15 de junio, dos días después de cumplir mis 61 años, la Corte falla a favor de los familiares de detenidos desaparecidos de Paine. Esperamos 49 años. Lloré y lloré por todas estas décadas de sufrimiento y dolor, e igualmente porque la justicia tardó tanto...Fue un triunfo para la Agrupación de Detenidos Desaparecidos de Paine que es la más grande que tiene Chile, con más gente en este camino de lucha.

Soy Juanita del Carmen Lazo González, hija que vive para contar su triste historia y la de sus seis hermanos, todos menores, cuando mi padre fue detenido el 16 de octubre de 1973. Tenía 41 años de edad y así fue como la dictadura asesinó a campesinos inocentes. Mi madre Orfilia González Moya nació el 26 de septiembre de 1933, falleció el 25 de diciembre de 1996 a los 63 años.

(En honor a mi padre, yo dedico siempre a todos los campesinos Una pala y un sombrero de Gervasio. La canción lo dice todo)

Memorias

de mujeres de Paine

A **50**
años
del Golpe

